

“Juan Eugenio”

Miguel Espinosa

(Texto escrito en 1981 sobre un personaje de *La fea burguesía*;
publicado en *Las nuevas letras*, Almería, 1988)

La calle principal de la antigua ciudad de Murcia se llama Trapería, y divide el viejo casco urbano en dos mitades. La Trapería aparece hoy, todavía, como arteria de lo que Murcia tiene de ágora o reunión; por la Trapería se pasa, pero también se está en la Trapería. Allí se habla.

Juan Eugenio es un hombre de cuarenta años, de cuarenta y dos tal vez. ¿Qué característica destaca más en Juan Eugenio? ¿Por qué le traemos a este relato? ¿Por qué le hacemos protagonista y cosa esencial de esta narración? Contestamos sencillamente: Juan Eugenio no pasa por Trapería ni se aposenta jamás en esa calle, y en esto consiste su total estilo y su particular traza.

Juan Eugenio es profesor de la Universidad; posee allí un despacho, costeadado por el erario público, y en el despacho unas fotografías de sus hijos y de su esposa, una reproducción de la «Escuela de Atenas», cuadro de Rafael, unos carteles con aforismos sobre el mejor modo de pensar, y una imagen del científico Einstein, vestido desaliñadamente. Como Juan Eugenio es profesor numerario, y en propiedad, cree también que posee el despacho en propiedad, por eso coloca aquellos caprichos sobre los muros estatales.

Juan Eugenio no pasa por Trapería porque habita constante su despacho. Y ¿qué hace Juan Eugenio en su despacho? Contempla la figura de Einstein, descuidadamente trajeado, la mano en la barbilla, y piensa: « ¡Qué bien está Einstein en esa fotografía!». Ve Juan Eugenio la exterioridad de Einstein y se dice: «En cierto modo, él y yo coincidimos en mucho: somos profesores, vestimos ralo, descuidamos los atuendos, poseemos un despacho, disfrutamos de alumnos y damos lecciones». Y tiene razón Juan

Eugenio: la exterioridad de Einstein y su exterioridad se muestran iguales; ambas criaturas sólo se diferencian en la interioridad, suceso por el cual el uno resulta Einstein y el otro resulta Juan Eugenio.

Juan Eugenio no pasea por Trapería para confirmar su exterioridad de profesor honesto y amante de la ciencia. Considera el hombre que la calle de Trapería representa lo provinciano, y su despacho lo universal, y no se equivoca, pues no en vano el despacho de Juan Eugenio se halla en la Universidad y está financiado por la universalidad de los ciudadanos.

Mas volvamos a preguntar «¿Qué hace Juan Eugenio en ese despacho, amén de contemplar la exterioridad de Einstein y constatar que se iguala a la suya? Cita a los alumnos a la hora del crepúsculo; cuando el visitante llega, el profesor abandona su sitial presidencial, o la mesa de la reflexión, se allega, como un gobernador, hacia el recién venido y le invita a compartir unas confortables butacas. Luego indaga con ademán de sosegar: «Ramírez, ¿qué opina usted de la ciencia?». Generalmente, Ramírez se conturba.

Otras veces no es Ramírez, sino Gómez, o Martínez, los emplazados. Se repite la escena y su ceremonia. Gómez escucha estas palabras: «Crea usted, señor Gómez, estamos olvidados de la sociedad; se precisa de gran vocación para investigar sin oír un aliento; de volver a nacer, me haría yo fontanero». Se maravilla Gómez de la humildad y la profundidad del sabio, mientras observa su chaquetilla raída, sus pantalones más que usados, su camisilla barata y los retratos de sus inocentes hijos y su esposa en la institución estatal, más la fotografía de Einstein. Cuando el visitante deja la estancia, va pensando incesable: «¡Qué honesto profesor es Don Juan Eugenio, y qué buen esposo y padre, yerno, cuñado! ¡Qué amigo de la humanidad toda y qué sacrificado por la ciencia!».

Insistamos: « ¿Qué hace Juan Eugenio en ese despacho, amén de contemplar la exterioridad de Einstein, formular a los alumnos esas terribles cuestiones y expresar dulces objeciones al mundo? Algunas mañanas, o algunas tardes, mientras percibe los ruidos que de la calle llegan, sueña que ha escrito un pequeño libro copernicano, uno de esos libros que cambian los tiempos, un libro de apenas ciento doce páginas, así

titulado: El número uno. Ve Juan Eugenio el libro material, con su ingenuidad de cosa hecha, fabricada, como un conjunto de papeles recortados, cosidos, encuadernados, allí reposando, con sus pastas, sobre una mesa cualquiera, como algo cándido y desvalido; y ve, por otra parte, el libro como contenido, como pensamiento y saber, atrapados en esa modesta materialidad, y se asombra, en sueños, de la grandeza humana. Se figura el libro marrón, en suave marrón, con titulación en color negro. Extasiado, imagina las versiones a otros idiomas, todas en formato estricto y simple, aparición elegante: The number one, Le nombre un, Il numero uno. Pero le extasía especialmente la traducción alemana, que así reza, en caracteres góticos: Die Zahl ein.

Porque Juan Eugenio carece de interioridad para escribir ese libro, y no obstante sueña que lo ha escrito, vive la exterioridad del que lo ha escrito, suceso que lleva a cabo en su despacho, territorio de su pertenencia y lugar donde todo ocurre como si el hombre fuera realmente el autor modesto y acreditado del famoso Die Zahl ein. Esto se llama acaecer y suceder en un mundo de mentirijillas.

No digamos que en un mundo de mentirijillas son falsos todos los hechos. La interioridad es falsa, pero la exterioridad es verdadera; el libro no existe, pero existe el despacho, los cuadros sobre los muros, las ventanas entornadas en el crepúsculo, la suavidad del profesor, el gesto de meditación, el alumno que visita, el buen consejo, la admiración del advenido, el susurro de la misteriosa frase, la queja del hombre moral, las vestiduras humildes, el sabio ensimismado y esa taza de café que el sabio bebe al caer la melancolía de la tarde. ¿Acaso Juan Eugenio no coincide con Einstein en todo esto? Un cierto Dionisio Sierra ha apuntado: «Juan Eugenio se ha apoderado de la mitad de la cosa; la otra mitad la tiene Einstein», y luego ha añadido: « ¡Pero qué mitad la de Einstein!». Un tal José López Martí ha enunciado, al respecto, esta terrible expresión: «Juan Eugenio prefiere su propia mitad: comparece más ostentosa y tangible; la interioridad no posee despacho ni alumnos, no cobra emolumentos ni muestra estampa de profesor honesto ni deshonesto, nada recibe».

Juan Eugenio, como es un sabio bueno, quiere transformar el mundo, del cual se siente acreedor. Por eso, Juan Eugenio milita en una facción política que sostiene como principio el ejercicio de aquella transformación. « ¡La realidad resulta intolerable!»

—ha declarado Juan Eugenio. Y José López Martí se ha preguntado atónito: «¿Cómo sería un mundo hecho por Juan Eugenio?». Sin duda, la pregunta se revela aterradora.

Una mañana vemos a Juan Eugenio andar furtivo, con su chaquetilla, con sus ropas elegidas de pobre, con su camisa manifiestamente barata; deambula el hombre callejones, los ojos brillantes, la barba desarreglada, la figura encogida, el ademán del predestinado, el gesto del desamoldado al mundo; no diríamos que una llama que consume arde en su vista, sino en su estómago; como personaje del Greco, el cuello torcido, la cabeza en ascensión, parece un hombre sin intestinos ni grasas, oquedad de la carne, fuego sagrado que clamara: «No permitas, Materia, que en mí haya una debilidad burguesa». Esta expresión traduce a nuestra época y sus progresismos la oración de los hombres del Greco: «No permitas, Señor, que en mí haya una voluptuosidad». En verdad que produce respeto y reverencioso temor descubrir, en la ingenuidad de la mañana, semejante caballero.

Y ¿adónde va Juan Eugenio con esa figura que tanto nos impone? Se dirige hacia un Banco, donde ha de percibir sus emolumentos mensuales, equivalentes al salario, también mensual, de siete obreros. Siguiendo las doctrinas de su facción, Juan Eugenio, que ocupó la Universidad y obtuvo el territorio de su despacho en tiempos de dictadura, se denomina a sí mismo obrero de la enseñanza; sin duda, Juan Eugenio debe valer como siete obreros.

En la oficina bancaria, Juan Eugenio firma su papelito y recibe su dinero, que no mira ni cuenta, y en esto se diferencia de los comerciantes, de los burgueses, de los pensionistas jubilados y de los fontaneros y otros artesanos, y se acerca, ciertamente, a los padres de algunas congregaciones piadosas. Tuerce Juan Eugenio el cuello hacia la izquierda mientras su mano coge el dinero y lo guarda en un bolsillo del raído pantaloncillo. Otra vez, su alma parece implorar: «No permitas, Materia, que yo caiga en la pasión de los burgueses». Cuando llega a su despacho, empero, repasa los billetes, y ello porque ama el orden de las matemáticas.

Al abandonar la oficina bancaria, encuentra Juan Eugenio otro correligionario. Se trata de un profesor, de grado más alto, que cobra del Estado el socorro equivalente al

salario de diez operarios. Se gloria Juan Eugenio de llamar Perico a tan alto profesor e individuo entregado a la modificación del mundo. Caminan ambos, caminan.